

Territorios 16-17 / Bogotá 2007, pp. 11-28

# Hacia una ciudad no sexista

*Algunas reflexiones a partir de la geografía humana  
feminista para la planeación del espacio urbano*

Anna Ortiz Guitart<sup>1</sup>  
anna.ortiz@uab.es

sección especial

<sup>1</sup> Profesora-investigadora invitada en la Universidad Autónoma Metropolitana (Iztapalapa, México DF, México) y profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona (España). En estancia posdoctoral con financiación del Ministerio de Educación y Ciencia de España (2004-2006).

**Palabras clave:**

*geografía, ciudad, espacios públicos, planificación urbanística, género.*

**Key words:**

*geography, city, public spaces, urban planning, gender.*

RESUMEN

Este artículo ofrece un estado del arte de los principales trabajos realizados desde la geografía en torno a la diversidad de experiencias vividas en la ciudad por parte de las mujeres y otros colectivos tradicionalmente olvidados en la planificación urbanística por razón de su sexualidad (gays y lesbianas) o su edad (niños).

ABSTRACT

This article provides the state of the art works accomplished from the geography surrounding the various experiences lived in the city by women and other collectivities traditionally forgotten in urban planning due to their sexuality (gays and lesbians) or their age (children).

## Introducción

Este artículo ofrece un estado del arte y una panorámica general de algunos de los principales estudios urbanos realizados en geografía desde una perspectiva del género, a la vez que reflexiona sobre las principales cuestiones en torno a la práctica y la planificación urbanística que tienen como finalidad hacer una ciudad más habitable para todo el mundo.<sup>2</sup>

El objetivo expresado en el título de este artículo, “hacia una ciudad no sexista”, está presente implícita o explícitamente en la literatura sobre estudios urbanos y de género expuesta en este artículo. Estos trabajos pretenden “visibilizar” la experiencia de las mujeres (con sus múltiples identidades según la edad, el sexo, la clase social, el origen étnico y cultural) en el espacio urbano y permiten reinterpretar la ciudad de una manera distinta. Consecuentemente, esta reinterpretación tiene sus efectos a la hora de dar respuestas a las necesidades de las mujeres (y por extensión de los niños y niñas, las personas mayores, las personas con sus habilidades físicas reducidas) y reivindicar nuevas miradas para conseguir una planificación urbana más igualitaria.

### Diversidad de experiencias de las mujeres en la ciudad

Hace más de treinta años, en 1973, se publicaron en la revista *Antipode* dos artículos firmados por dos geógrafas donde, por primera vez, se reflexionaba sobre la geografía

de las mujeres en áreas urbanas. Pat Burnett (1973) e Irene Bruegel (1973), haciendo una clara crítica al positivismo y desde una base marxista, se posicionaban en contra de los modelos en geografía —intocables hasta principios de los años setenta— por no tener en cuenta las relaciones sociales y de género.

Después de estas dos primeras aportaciones, transcurrirán cinco años antes de que aparezca el primer número monográfico sobre las experiencias de las mujeres en las ciudades, en la revista *International Journal of Urban and Regional Research* del año 1978. Un conjunto de diversos artículos, firmados por sociólogas y geógrafas urbanas, configuraron este número con una diversidad de intereses temáticos como la movilidad y el transporte en la ciudad, el trabajo doméstico de las mujeres y el papel de las mujeres en los movimientos sociales urbanos, entre otros.<sup>3</sup>

No será hasta principios de los años ochenta cuando empiezan a aparecer con más asiduidad estudios urbanos desde una perspectiva del género, en manos de arquitectas y urbanistas como Dolores Hayden (1981) y de geógrafas como Linda McDowell (1983) y Gerda Wekerle (1984). La influencia del pensamiento feminista en geografía provocó que paulatinamente los estudios de género dejaran de pretender únicamente “hacer visibles” las mujeres para ir más allá, centrándose en la naturaleza generizada de los conceptos urbanos y demostrando que el espacio urbano no es neutro, sino más bien un espacio socialmente construido.

<sup>2</sup> *Algunas geógrafas (Little; Peake; Richardson, 1988; McDowell, 1993; Sabaté; Rodríguez; Díaz, 1995; WGS, 1984) han realizado a lo largo de los años síntesis y balances sobre las principales reflexiones en torno al ámbito urbano desde una perspectiva de género. Este artículo pretende actualizar dichas síntesis y enfatizar sobre algunos de los temas más actuales en el panorama geográfico actual recogidos en las nuevas geografías culturales.*

<sup>3</sup> *Algunos de los artículos que aparecen en este número monográfico son “Femmes et transport en milieu urbain”, de Jacqueline Coutras y Jeanne Fagnani, donde se estudian los problemas que las mujeres de la región de París tienen para conciliar la vida familiar y laboral y el papel fundamental que tiene el transporte para conciliar ambas vidas; y “Travail domestique et espace-temps des femmes” de Danielle Chabaud y Dominique Fougeyrollas, donde se analiza cómo el espacio y el tiempo de las mujeres parece totalmente dominado por el trabajo reproductivo y doméstico.*

territorios 16-17

13

HACIA UNA CIUDAD NO SEXISTA

<sup>4</sup> En los últimos años han aumentado considerablemente los trabajos realizados desde la geografía social sobre la vida cotidiana y las experiencias en los espacios públicos de las personas con habilidades físicas reducidas. Algunos de los geógrafos que más han trabajado sobre este tema han sido Rob Kitchin (2000), Ruth Butler y Sophia Bowlby (1997).

<sup>5</sup> Tal y como recuerda McDowell (1999), el geógrafo David Harvey ya había apuntado esta idea. En su libro *Social Justice and the City*, publicado en 1971, señala que vivir en una o en otra área de la ciudad influye en las oportunidades de los residentes porque refuerza las desigualdades de clase y redistribuye las “rentas reales”. Los ciudadanos con más capacidad económica, por ejemplo, pueden vivir en áreas de gran calidad ambiental, mientras que los ciudadanos con menos recursos se verán forzados a vivir en áreas de peor calidad, ruidosas y contaminadas. La misma estructura urbana intensifica las desigualdades entre unos y otros.

Las aportaciones de McDowell y Wekerle en los años ochenta son especialmente influyentes en posteriores estudios urbanos desde un enfoque de género. Por un lado, McDowell (1983) considera imprescindible superar la dicotomía entre las concepciones *público y privado, ciudad y casa, política y vida privada* —donde los hombres y la masculinidad van ligados al primer grupo de conceptos y las mujeres y la feminidad al segundo grupo—, ya que las mujeres se encuentran a ambos lados, negociando y modificando su presencia en los dos. La no superación de esta discontinuidad y la persistente noción de esferas separadas para mujeres y hombres ha influido enormemente en la planificación urbanística hasta el punto de provocar la zonificación de las ciudades en áreas residenciales o suburbanas, áreas de negocios, áreas de ocio, hecho que ha incentivado el uso motorizado de la movilidad urbana (Bondi, 1998). Por otro lado, y en relación con la idea anterior, Wekerle (1984) evidencia que “el lugar de la mujer está en la ciudad” ya que es aquí, en contraposición con las áreas suburbanas, donde las mujeres tienen más oportunidades para trabajar fuera del hogar y una mayor accesibilidad a los transportes públicos y a los servicios colectivos necesarios para el desarrollo de su vida cotidiana. A partir de esta idea inicial Droogleever y Karsten (1999), centrándose en las experiencias de mujeres trabajadoras con hijos, y mujeres mayores holandesas, llegan a la conclusión de que, ciertamente, la ciudad compacta —la ciudad de altas densidades con complejidad y mezcla de usos— no

sólo es emancipadora por el hecho de potenciar la participación de las mujeres en el trabajo remunerado y facilitar la combinación de diferentes tareas cotidianas, sino que también es más ecológica, ya que ayuda a reducir la movilidad y potencia el uso de sistemas más respetuosos con el medio ambiente, como ir a pie o en bicicleta.

Pero no todas las mujeres —ni, evidentemente, todos los hombres— viven y perciben la ciudad de la misma forma. En los años noventa, los estudios sociales y de género en áreas urbanas centran especialmente la atención en la diversidad de experiencias y en las diferentes identidades personales según el género, la edad, la sexualidad, las habilidades físicas,<sup>4</sup> el origen étnico y cultural y la forma como estas categorías van íntimamente ligadas a la polarización y a las divisiones manifestadas en múltiples espacios —en el hogar, el barrio, la ciudad—<sup>5</sup> (Bridge; Watson, 2000; Gilbert, 1997; Jacobs; Fincher, 1998). Desde esta perspectiva, Bondi y Christie (2000) muestran cómo las experiencias de las mujeres en la ciudad están determinadas en cierta medida por sus oportunidades económicas y, concretamente, por su inserción en el mundo laboral. Las autoras ponen en duda las afirmaciones que, sin matices, aseguran que la participación femenina en el mercado laboral ha supuesto una independencia económica para las mujeres y una mayor igualdad en las condiciones de vida de las personas. Recuerdan que, al lado de las mujeres que “triunfan” con las nuevas formas capitalistas se encuentran aquellas que “pierden”, atrapadas en la inseguridad

laboral, la temporalidad, los trabajos a tiempo parcial, los trabajos mal pagados, etc. Al lado, pues, de las experiencias urbanas de las mujeres elitizadoras<sup>6</sup> están las mujeres que viven en barrios periféricos y degradados; “la libertad de algunos”, concluyen, “se hace a expensas del control, la manipulación y la guetización de ‘otros’ con unas identidades generizadas y racializadas que dificultan la participación en la esfera pública” (p. 301).

Sobre este último tema, el de la elitización, se ha escrito bastante, tanto desde la geografía social como desde la geografía del género. La elitización o el cambio de estructura social en un barrio renovado del centro de la ciudad por personas de ingresos medios-altos, donde antes vivían personas de ingresos bajos, ha comportado el nacimiento de barrios nuevos, residenciales y comerciales y, consecuentemente, el origen de nuevas comunidades e identidades sociales.<sup>7</sup> La nueva clase *yuppie*, donde los hombres y las mujeres trabajan como profesionales, ha supuesto un cambio en los papeles de género y un nuevo significado de las formas de domesticidad, ya que la identidad de las mujeres *yuppies* se construye más a partir de su lugar de trabajo que de sus funciones familiares y domésticas (Mills, 1993 citado en Domosh; Seager, 2001). Esto no quiere decir que la elitización sea neutra en cuestiones de género. Bondi (1998) señala que muchas de las mujeres elitizadoras son solteras o madres solteras que deciden desplazarse hacia el centro de la ciudad para tener más movilidad y accesibilidad al lugar de trabajo y a los equi-

pamientos para los hijos. Muchos barrios elitizados tienen una alta proporción de mujeres, hecho que ha supuesto, de alguna forma, la “feminización” de la ciudad, con una nueva presencia de mujeres y niños en los espacios públicos. La elitización de un barrio se asocia también a una alta proporción de comunidades de gays y lesbianas con capacidad adquisitiva media-alta que ven en la ciudad un espacio de anonimato, con un gran abanico de espacios alternativos (Domosh; Seager, 2001).

### Planificación urbanística, activismo y género

Hace más de dos décadas que numerosas arquitectas, urbanistas y geógrafas feministas reivindican la necesidad de participar en la planificación y gestión de las ciudades con el fin de hacerlas menos sexistas y más igualitarias (Coffey, 1995; Greed, 1996a; Sandercok; Forsyth, 2000). Las ciudades se han construido ignorando las experiencias y las necesidades específicas de las mujeres, ya que hasta hoy la práctica de la planificación, su enseñanza y su profesionalización han ido mayoritariamente dominadas por el colectivo masculino,<sup>8</sup> que ha tenido una visión del espacio urbano homogéneo y universal centrado en sus intereses y sus preocupaciones (Pernas, 1998; Hernández, 1995; Velázquez, 2000).

A pesar del desequilibrio existente en la gestión y planificación de la ciudad por parte de los hombres y las mujeres, tiene que hacerse un esfuerzo por revalorizar la participación

<sup>6</sup> De acuerdo con el trabajo de la geógrafa Luz Marina García (2001), se utiliza el término elitización en lugar del neologismo gentrificación, proveniente de la palabra inglesa *gentrification*.

<sup>7</sup> Neil Smith (1982) (citado en Valentine, 2001) explica la elitización como un movimiento no de personas hacia la ciudad, sino como un movimiento de regreso del capital hacia la ciudad, ya que el movimiento de la gente tiene lugar posteriormente al proceso de inversiones económicas.

<sup>8</sup> Ante la preocupación de la dominación masculina en el mundo profesional de la arquitectura, las arquitectas Ann de Graft-Johnson, Sandra Manley y Clara Greed (2003) han elaborado recientemente un informe financiado por el Royal Institute of British Architects donde se analizaban las causas que provocan la deserción profesional de las mujeres arquitectas y recomiendan medidas para modificar esta situación. El informe da algunos datos bastante sorprendentes como el aumento en la última década (1990-2002) del número

→

territorios 16-17

15

←  
*de mujeres estudiantes de arquitectura —pasando del 27% al 38%— y, paralelamente, el bajo número de mujeres, sólo un 13%, durante el mismo período, que ejercían la profesión. A partir de cuestionarios a 174 mujeres arquitectas y entrevistas en profundidad, las autoras enumeran una serie de razones que las mujeres dan por haber dejado su profesión: sueldos bajos, sueldos desiguales, largas jornadas laborales, horario no compatible con las responsabilidades familiares, “techo de cristal”, condiciones de trabajo estresantes, sexismo, etc.*

*9 Algunas de las propuestas dadas por Bofill, Dumenjó y Segura (1998) sobre las características que deberían tener las calles y los espacios públicos son: poner más bancos en las plazas, proyectar espacios interiores en las islas de casas, eliminar todas las barreras arquitectónicas, humanizar el diseño de los espacios públicos, corresponsabilizar a los habitantes del cuidado de los espacios públicos, mejorar la iluminación pública, proyectar espacios verdes según la densidad de po-*

→

del colectivo femenino en la construcción de las ciudades. Las mujeres, según Spain (2001), tendrían que ser incorporadas en la historia urbana, ya que sólo con su visibilización podría reinterpretarse su papel en la ciudad. La autora hace una interesante investigación sobre el papel de las mujeres en la formación del nuevo paisaje urbano norteamericano de finales del siglo XIX, a partir de la construcción de instituciones de beneficencia para los nuevos inmigrantes llegados a la ciudad. Así, mientras los hombres construían los grandes bulevares y los altos rascacielos —“la ciudad bonita (...) y rendible”, p. 13—, las mujeres, la mayoría de clase media y voluntarias de asociaciones religiosas, construían los espacios necesarios —centros de acogida y ayuda— para hacer más fácil la vida cotidiana de los extranjeros —“la ciudad soportable”, p. 13—.

Un ejemplo actual de la cada vez mayor participación de las mujeres en la planificación urbana es su papel activo en la política local. Es desde este ámbito donde más se está trabajando para conseguir que las cuestiones de género sean definitivamente incorporadas en el *mainstream* de la práctica arquitectónica y urbanística (Greed, 1996b) para hacer una ciudad más cómoda, sostenible y a la vez más habitable para las mujeres y, por extensión, para los colectivos que, por razones étnicas, de edad o de clase, han quedado tradicionalmente excluidos de las decisiones urbanísticas.

En los últimos años han surgido en España colectivos de mujeres procedentes del mundo de la arquitectura, el urbanismo y la geografía que trabajan para reivindicar

un nuevo modelo de ciudad pensada para vivir y no sólo para moverse y trabajar. Algunos de estos grupos de investigación son el Colectivo de Mujeres Urbanistas y la Fundación María Aurelia Capmany, y proponen las siguientes líneas de actuación con la finalidad de reconstruir la ciudad desde la planificación urbanística: poner límites a la extensión y al crecimiento espacial de la ciudad; favorecer la proximidad y la mezcla de usos, la rehabilitación y la regeneración de la ciudad ante la creación de nuevo suelo urbano y el uso del transporte público ante el uso del vehículo privado; favorecer la movilidad de los peatones —ya que “andar es la forma menos discriminatoria de movilidad” (Caz, Gigosos; Saravia, 2002: 52)— y reducir las necesidades del transporte motorizado; eliminar las barreras arquitectónicas para favorecer la accesibilidad en la vivienda, los equipamientos y los servicios, etc. y recuperar la calle como lugar de encuentro social.<sup>9</sup> Estas líneas de actuación pueden resumirse en cuatro criterios básicos: la accesibilidad, la autonomía, la sociabilidad y la habitabilidad, que conjugan la vertiente más ecológica y social de la práctica urbanística (Bofill, Dumenjó; Segura, 1998; Caz, Gigosos; Saravia, 2002; Justo, 2000).

## Espacios públicos y género

El espacio público es vivido y percibido de forma diferente por las mujeres según su sexualidad, condición social, edad y su origen cultural y étnico, así como según

territorios 16-17

16

ANNA ORTIZ GUITART

la concepción que tengan de ellas mismas y del mundo que las rodea. Desde la geografía feminista se ha estudiado cómo estas variables influyen en la construcción de las percepciones individuales y las experiencias de los espacios cotidianos (Corpas; García, 1999; Coutras, 1987; Vázquez, 1989).

Los espacios forman parte de la experiencia cotidiana y “encierran contenidos poderosos para la interpretación social y cultural” (Valle, 1997: 25). Con estas palabras la antropóloga del Valle recuerda el papel diferencial que tienen los espacios públicos en la configuración de la vida cotidiana de los hombres y las mujeres y la forma como sus vivencias elaboran el sentido cultural del espacio. El libro editado por la geógrafa Aurora García Ballesteros en 1989, *El uso del espacio de la vida cotidiana*, recopila un conjunto de estudios alrededor de la misma idea: la utilización del espacio no es gratuita, sino que responde a una determinada forma de estructuración social. De esta forma, se observa que la presencia de las mujeres en todos los espacios públicos de la ciudad —calles, plazas, parques—, trabajen o no fuera de casa, está mediatizada por las responsabilidades familiares y domésticas —ir a buscar a los hijos a la escuela, acompañarlos al médico, ir a comprar, etc.—, hecho que provoca que las mujeres tengan una relación más estrecha con el barrio y su entorno más inmediato (Coutras, 1996; Franck; Paxson, 1989).

Mientras que algunas autoras han visto en la ciudad un espacio emancipador y liberador para las mujeres —más que el medio rural o la vida suburbana, realidades más

cerradas y reproductoras del papel social asignado a las mujeres— otras han visto en los espacios públicos espacios inaccesibles y peligrosos.

## Espacios de emancipación

El siglo XIX ha sido un período histórico importante para las feministas contemporáneas que investigan sobre el espacio y el género, ya que es en este período cuando se da la “separación de esferas”, es decir, la separación física entre producción y reproducción. Elizabeth Wilson (1991, 2001) ha sido unas de las autoras que más han profundizado en el papel de las ciudades como espacios potencialmente emancipadores y liberadores para las mujeres. Contextualizando sus estudios en la ciudad de Londres de la época victoriana —de mediados del siglo XIX—, Wilson señala la presencia y la visibilidad de las mujeres en la ciudad: paseaban solas por las calles, se dirigían a trabajar, iban a comprar a los grandes almacenes —espacios de consumo acabados de inaugurar en las grandes ciudades—. La libertad y el anonimato que proporcionaba la multitud de la gran ciudad ofrecía a las mujeres la posibilidad de comportarse como *flâneuses* —igualándose a los *flâneurs* descritos por el poeta Baudelaire—, es decir, como observadoras del espectáculo que ofrecía la ciudad.

Pero esta libertad de movimientos —restringida sólo a ciertos momentos del día, y no de la noche, para realizar actividades “femeninas” como ir a comprar comida o

←  
*blación y no macroespacios a las afueras de la ciudad, crear pequeñas áreas verdes en los barrios antiguos, poner más nombres de mujeres en las calles, etc.*

territorios 16-17

17

HACIA UNA CIUDAD NO SEXISTA

ropa— no era ni de lejos equiparable a la que tenían los hombres del siglo XIX. La presencia femenina en los espacios públicos era presenciada, observada y juzgada por las miradas de los hombres, hasta el extremo de que, en algunas ocasiones, las mujeres eran acosadas física y verbalmente. En la ciudad del siglo XIX se daba, pues, una relación dialéctica entre los hombres que paseaban libremente por las calles, haciendo uso del control masculino del espacio urbano a través de su movilidad, y las mujeres que, sólo por el hecho de pasear solas por las calles, eran vistas como amorales y confundidas por trabajadoras sexuales (Rendell, 1998). Las mujeres, según Wilson (1991), simbolizaban el desorden en la ciudad y su cuerpo era criminalizado, porque ocupaban un espacio que no era el suyo. En consonancia con Wilson, Domosh (1998) muestra que en Nueva York los espacios públicos de la ciudad permitieron abrir ranuras de transgresión a las estrictas normas burguesas de la época, sin llegar a ser espacios del todo democráticos, especialmente para las mujeres y hombres afroamericanos.

Un ejemplo más contemporáneo que muestra las cualidades de las ciudades como espacios eminentemente emancipadores es la oportunidad que da a los colectivos de lesbianas, homosexuales y bisexuales para transgredir las versiones hegemónicas de la sexualidad a través de su visibilización en bares, tiendas, fiestas en la calle, comunidades residenciales gays, etc. (Adler; Brenner, 1992; Bell; Valentine, 1995). Como veremos más adelante, el camino hacia la normalización de estos colectivos aún está

lejos de hacerse realidad, hecho que muestra, una vez más, las relaciones de poder patriarcales que dominan nuestra sociedad. La sociedad actual tiene, pues, un reto: garantizar el uso igualitario de los espacios públicos para todos los ciudadanos sin diferencia de clase, procedencia cultural, sexualidad o género.

### Espacios “del miedo”

La percepción de miedo, la sensación de amenaza y los comportamientos espaciales que los hombres y las mujeres desarrollan en los espacios públicos dependen, en cierta medida, de su edad, etnia, sexualidad, habilidades físicas, etc. (Day, 1999; Madge, 1997; Pain, 2001). A pesar de la heterogeneidad de experiencias y la diversidad de posiciones que las mujeres tienen dentro de la sociedad, la violencia urbana, con sus múltiples caras, es quizás uno de los temores que más comparten todas las mujeres, sea cual sea su identidad. Pero no sólo las mujeres perciben el miedo y son víctimas —en el peor de los casos— de la violencia en el espacio público, sino que los hombres gays, los hombres de color y los indigentes pueden llegar a sentir también esta inseguridad, y son también víctimas frecuentes de las agresiones en la calle (McDowell, 2001).

Si bien es cierto que las mujeres han ido reivindicando a lo largo de los años los principios de igualdad de género que deberían regir en los ámbitos personales y laborales, parece que no se han cuestionado con la

misma convicción el derecho a circular sin miedo por las calles y los espacios públicos de la ciudad, a cualquier hora del día y de la noche, como lo hacen los hombres. Somos conscientes de nuestra vulnerabilidad como mujeres cuando paseamos solas por una calle oscura en la noche, y este hecho nos hace “naturalizar” ciertos comportamientos —modificar el recorrido para evitar pasar por determinadas calles, pedir a algún amigo que nos acompañe hasta casa y, hasta, limitar nuestras salidas nocturnas— para sentirnos más seguras (Bondi; Domosh, 1998).

Algunas geógrafas feministas han estudiado la seguridad de las mujeres en los espacios públicos y han demostrado cómo las geografías cotidianas de los hombres y las mujeres son totalmente diferentes por lo que respecta a los estilos de vida, la movilidad y el comportamiento en la ciudad. Así, por ejemplo, se ha observado cómo las mujeres restringen a menudo sus movimientos por la ciudad con el fin de minimizar su percepción de miedo en los espacios públicos (Pain, 1997). Según Valentine (2001), la percepción de miedo de las mujeres en la calle está estrechamente asociada con las percepciones de las personas que ocupan el espacio y las que lo controlan. El miedo, añade, está asociado al desorden y es por eso que los graffitis, la basura, los grupos de jóvenes o los indigentes en la calle pueden ser señales que representen la falta de control en el espacio.

Lo que es realmente importante en el debate sobre la seguridad en los espacios públicos es que las mujeres no sean consideradas

como víctimas potenciales que tienen que ser constantemente protegidas, sino que, al contrario, tienen que ser vistas “como sujetos autónomos que, con su presencia, enriquecen la vida urbana” (Paravicini, 2000: 8).

Finalmente, cabe añadir que, sin menospreciar el tipo de violencia que las mujeres pueden sufrir en los espacios exteriores, las mismas geógrafas feministas han alertado sobre la violencia que sufren las mujeres en el espacio privado en manos de sus parejas masculinas (maridos, novios), agresión que, paradójicamente, sufren con más frecuencia las mujeres (McDowell, 1999).

A pesar de que, como se ha indicado anteriormente, la ciudad ha dado la oportunidad a gays y lesbianas de expresar más libremente su sexualidad, tiene que decirse que, todavía hoy, en el siglo XXI, estos colectivos sufren a menudo acoso y agresiones en los espacios públicos cuando manifiestan públicamente su afectividad. Por miedo a los abusos homofóbicos, las mujeres y los hombres homosexuales son forzados a esconder su sexualidad mediante la autocensura, minimizando al máximo el tiempo que pasan en espacios heterosexuales y escogiendo, para su sociabilidad —y visibilización—, espacios homosexuales. No pasa lo mismo cuando se muestra públicamente la afectividad, la amistad o el deseo heterosexual, ya que es visto y aceptado como algo “normal”, hecho que muestra hasta qué grado el espacio está sexualizado y, más específicamente, está “normalmente” heterosexualizado (Valentine, 1993: 293).

HACIA UNA CIUDAD NO SEXISTA

*territorios 16-17*

19

## Respuestas urbanísticas y tecnológicas al miedo

Desde un punto de vista más urbanístico, Bowlby (1996), Morrell (1998) y Michaud (2002) consideran que la planificación urbanística y el diseño tienen un papel decisivo en la seguridad objetiva (la que se constata) y subjetiva (la que tiene que ver con la percepción) de las mujeres, ya que los factores que influyen en la sensación de inseguridad de éstas en el entorno urbano tienen que ver tanto con la falta de civismo —barrios deteriorados, destrucción de instalaciones urbanas, conductas agresivas y ruidosas, presencia de individuos percibidos como amenazadores— como con determinados elementos del entorno urbano —oscuridad, falta de iluminación, lugares desiertos, callejuelas, basura en la calle—. La planificación de un espacio equilibrado no pasa sólo por eliminar los usos monofuncionales acercando el ocio, la producción, la residencia y el consumo con la finalidad de evitar áreas funcionalmente segregadas, sino también para crear espacios de calidad, accesibles y con visibilidad que ayuden a disminuir y evitar totalmente la agorafobia vivida por algunas mujeres (Hernández, 1998). Diversos urbanistas han añadido la importancia de lo que han llamado la “vigilancia natural” proporcionada por los mismos usuarios en un espacio público y favorecida por las características físicas de los espacios, su emplazamiento y la diversidad de actividades que se desarrollen. La animación de las terrazas de los bares situadas en la calle y en las plazas es uno de los ejemplos

más destacados de “vigilancia natural” por la función que desarrollan, ya que ofrecen vivacidad en los espacios públicos y seguridad a sus usuarios (Loudier; Dubois, 2002: 34; Montgomery, 1997).

La tabla 1 sintetiza todos aquellos aspectos físicos que contribuyen a crear espacios públicos atractivos para todo el mundo teniendo en cuenta demandas y propuestas específicas de los colectivos de arquitectas y urbanistas feministas.

La evolución del discurso sobre la seguridad ha experimentado, en los últimos años, importantes transformaciones derivadas de los cambios políticos y económicos —giro a la derecha de la política, privatizaciones de los bienes públicos— vividos en las sociedades occidentales (Drooglever, 2003). Así, mientras en los años setenta el debate sobre la seguridad giraba en torno a la protección de las personas más vulnerables en la sociedad —mujeres, niños, lesbianas y homosexuales, categorías con connotaciones de género—, actualmente este debate se ha ido centrando cada vez más en la protección de los bienes materiales. El espacio público se ha convertido en un espacio económico por excelencia —centros comerciales, cines, parques de ocio, estaciones de tren— donde se anima constantemente a los visitantes, clientes y turistas a consumir.

La política de la seguridad en la ciudad, comenta Drooglever (2003), está basada fundamentalmente en la exclusión física y simbólica de las personas no deseadas y de los criminales potenciales —jóvenes, inmigrantes, drogadictos e indigentes: categorías masculinizadas y etnizadas—, así como



TABLA 1  
ASPECTOS FÍSICOS QUE FOMENTAN EL USO IGUALITARIO DE LOS ESPACIOS PÚBLICOS

ASPECTOS FÍSICOS Planificación y diseño de los espacios públicos	RESULTADOS SOCIALES Sociabilidad y convivencia en los espacios públicos
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Diseño polivalente y multifuncional del espacio: equilibrio de áreas de acción y de reposo.</li> <li>- Existencia de áreas de juegos infantiles y terrazas al aire libre (cafeterías con mesas en la banqueta).</li> <li>- Componentes verdes (árboles, césped, plantas) y fuentes de agua.</li> <li>- Visibilidad y transparencia.</li> <li>- Buena iluminación.</li> <li>- Buena accesibilidad (sin barreras arquitectónicas).</li> <li>- Buen mantenimiento (limpieza y renovación del mobiliario urbano).</li> <li>- Buena conexión (transportes públicos).</li> <li>- Entorno multifuncional (rodeado de residencias, servicios, equipamientos, tiendas, etc.).</li> <li>- Participación ciudadana en el diseño de los espacios públicos.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Diversidad de personas según el género, la edad, la condición social, la etnia, las habilidades físicas, etc.</li> <li>- Diversidad de actividades (gente sentada en los bancos, gente paseando, niños y niñas jugando).</li> <li>- Interacción y comunicación social entre personas que se conocen y entre las que no se conocen.</li> <li>- Manifestaciones públicas de afectividad.</li> <li>- Celebraciones, encuentros y fiestas populares en los espacios públicos organizadas por asociaciones de base (asociaciones vecinales, etc.)</li> </ul>

Fuente: Elaboración propia a partir de Project for Public Spaces (2002), Karsten (2003) y Paravicini (2002).

en la vigilancia y el control de las cámaras y los guardias de seguridad. El aumento de este tipo de vigilancia en todos los espacios urbanos supone un problema para las personas sin techo que viven en las calles. Recientemente, el nuevo diseño de los bancos públicos (con asientos individuales) en Barcelona, por ejemplo, parece estar pensado para prevenir que estas personas puedan echarse o dormir.

Por lo que respecta a la tecnologización del espacio, con el incremento de cámaras de seguridad en espacios urbanos de acceso público y de consumo, Koskela (2000) alerta sobre el cambio que experimenta el espacio en convertirse en un simple “contenedor pasivo donde sólo los objetos observados existen” (p. 251). Desde un enfoque de gé-

nero, la geógrafa considera que el uso de estos tipos de vigilancia vuelven a reproducir relaciones de poder, ya que normalmente las personas que optan por estos métodos (políticos, empresarios) y las que están “detrás” de la cámara son hombres (guardias de seguridad), mientras que las personas que están “bajo” su vigilancia son mujeres, ya que son las que más frecuentan los espacios normalmente vigilados (centros comerciales, paradas de transporte público).

### Niños y niñas en los espacios públicos

En los últimos años ha aumentado el número de artículos publicados en revistas

*territorios 16-17*



académicas sobre la llamada “geografía de los niños” interesada, especialmente, en el análisis de la vida cotidiana, el comportamiento y la presencia en los espacios públicos de la ciudad de los niños y las niñas. Geógrafas feministas (Karsten, 2003; Valentine, 2004), sociales (Tandy, 1999) y culturales (Matthews, 1995), preocupadas por visibilizar la diversidad de experiencias, necesidades y movimientos de los colectivos de personas que, por cuestiones de género, edad, sexualidad, condición social y etnia han sido excluidos de los estudios urbanos, han profundizado en el estudio de la infancia en la ciudad.

Lia Karsten (1998, 2002 y 2003) es, sin duda, la geógrafa que más ha estudiado la vida cotidiana de los niños y las niñas en la ciudad (concretamente en Amsterdam) y lo ha hecho teniendo en cuenta categorías de género, sociales y étnicas. A partir de métodos cualitativos —observación participante, entrevistas y cuestionarios a niños, padres y madres, etc.— la geógrafa constata, por un lado, cómo cada vez más el tiempo libre de los niños transcurre en espacios privados y semipúblicos —por ejemplo, centro de deportes, ludotecas, etc.— y, por otro lado, cómo la segregación es cada vez más una característica de su tiempo libre. Veamos a continuación cómo explica cada uno de estos puntos.

Por lo que concierne a la primera constatación, el menor uso de los espacios públicos abiertos por los niños se explica por las razones siguientes: en primer lugar, los niños y las niñas dedican más tiempo a mirar la TV o jugar con la computadora de su

casa (Karsten, 1998); en segundo lugar, la disminución en el número de hijos provoca que haya más posibilidades económicas para ofrecerlos una educación “correcta”, materializada a través de las actividades extraescolares en espacios semipúblicos (Droogleever; Karsten, 1999); y, en tercer lugar, el espacio público se convierte, cada vez más, “naturalmente” y “normalmente”, en un espacio de adultos, de forma que los padres y las madres son conscientes de los riesgos y posibles peligros de los espacios públicos, razón por la cual restringen su uso a los niños (Valentine, 1997: 206). El hecho de que los niños no puedan acceder al espacio urbano que los rodea, ni conocerlo por sí mismo o jugar en los espacios públicos abiertos sin la mirada de un adulto tiene, según Román (2000), repercusiones en el desarrollo de la autoestima, la responsabilidad y la independencia de los niños. Por lo que se refiere a la segunda constatación, la de la segregación del tiempo libre de los niños, Karsten (2002) muestra cómo el tiempo libre de los hijos de familias de ingresos medios con transporte privado se desarrolla fuera de los espacios públicos, mientras que el tiempo libre de los niños de familias de ingresos bajos transcurre al aire libre, jugando en los espacios públicos abiertos del barrio.

Las diferencias de género son visibles cuando se observa el uso de los niños y las niñas del área de juegos de los espacios públicos. Según los resultados empíricos de Karsten (1998 y 2003), en barrios multiculturales de Amsterdam, la presencia de niñas en el área de juegos es menor que la de niños,

así como el tiempo que pasan y el espacio que utilizan para jugar. Diversos autores señalan la importancia de tener en cuenta las necesidades específicas de los niños en la planificación urbanística y el diseño de los espacios públicos y las áreas de juegos infantiles (Borja; Castells, 1997); y apuntan también la necesidad de favorecer la participación de los niños y los jóvenes en el diseño de estos espacios (Simpson, 1997). Asimismo, Karsten (2003) apunta algunas recomendaciones para el diseño de estas áreas: tienen que ser suficientemente grandes para facilitar el juego de niños y niñas; el espacio dedicado a los equipamientos (columpios, toboganes, etc.) tiene que ser equivalente al dedicado al área concebida para los juegos de pelota y, finalmente, tiene que haber un buen mantenimiento del área de juegos y una adecuada renovación de los equipamientos.

## Reflexiones finales

El interés de los estudios geográficos por la diversidad y la diferencia se debe principalmente al surgimiento, en los años ochenta, de la geografía feminista y las nuevas geografías culturales (sobre todo británicas) y al llamado “giro cultural” en geografía. Sus aportaciones teóricas y metodológicas, así como su énfasis por la interdisciplinariedad y el compromiso político, han permitido acercarnos a la sociedad, el espacio y el lugar desde nuevos enfoques y múltiples miradas. El estudio de las prácticas espaciales y sociales teniendo en cuenta la diversidad

de identidades según el género, el sexo, la clase social, la cultura, la etnia, la edad, las habilidades físicas y psíquicas, ha sido, sin lugar a dudas, una de las aportaciones más relevantes a la geografía humana. La geografía feminista o la de género ha favorecido la “visibilización” de las mujeres, así como de otros colectivos —los y las inmigrantes, las personas mayores, los niños y las niñas, los jóvenes, entre otros— que permanecían “invisibilizados” y “neutralizados” por una identidad —la masculina, heterosexual, de clase media, de mediana edad y occidental— bajo la cual se han generalizado la mayoría de experiencias sociales, políticas y espaciales.

A lo largo de este artículo se ha visto cómo el estudio de la ciudad y los espacios públicos desde una perspectiva de género ha incluido tanto el análisis de la vida cotidiana de las mujeres, sus experiencias y sentimientos en el ámbito público, como las restricciones a las que se ven sometidas por cuestiones de tiempo, movilidad y seguridad. Algunas investigaciones muestran que el diseño de los espacios públicos repercute más sobre la vida cotidiana de las mujeres que sobre la de los hombres debido a que éstas tienen una relación más estrecha con el entorno inmediato y realizan más actividades relacionadas con el trabajo reproductivo en este medio. A pesar de ello, tradicionalmente, los espacios públicos han sido concebidos como territorios masculinos, mientras las mujeres han quedado asociadas a los espacios privados. Afortunadamente, según se ha mostrado, en las últimas décadas las mujeres han participado activamente en el

planeamiento del espacio urbano y se han llevado a cabo prácticas urbanísticas para hacer las ciudades más igualitarias y menos sexistas.

## Bibliografía

- Adler, Sy; Brenner, Johanna. 1992. "Gender and space: lesbians and gay men in the city", en *International Journal of Urban and Regional Research*, 16 (1): 24-34.
- Bell, David; Valentine, Gill. 1995. *Mapping desire. Geographies of sexualitie.*, Routledge, Londres.
- Bofill, Anna; Dumenjó, Rosa María; Segura, Isabel. 1998. *Las mujeres y la ciudad.* Fundación María Aurelia Capmany, Barcelona.
- Bondi, Liz. 1998. "Gender, class and urban space: public and private space in contemporary urban landscapes", en *Urban Geography* (19): 160-185.
- Bondi, Liz; Domosh, Mona. 1998. "On the contours of public space: a tale of three women", en *Antipode*, 30 (3): 270-289.
- Bondi, Liz; Christie, Hazel. 2000. "Working out the urban: gender relations and the city", en Gary Bridge y Sophie Watson (eds.), *A companion to the city.* Blackwell, Oxford. pp. 292-306.
- Borja, Jordi; Castells, Manuel. 1997. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información.* Taurus, Madrid.
- Bowlby, Sophia. 1996. "Women and the designed environment", en *Built environment* 16 (4): 245-248.
- Bridge, Gary; Watson, Sophie. 2000. "City publics", en Gary Bridge y Sophie Watson (eds.), *A companion to the city.* Blackwell, Oxford. pp. 369-379.
- Bruegel, Irene. 1973. "Cities, women and social class: a comment", en *Antipode* 5 (3): 62-63.
- Burnett, Pat. 1973. "Social change, the status of women and models of city form and development", en *Antipode*, 5 (3): 57-61.
- Butler, Ruth; Bowlby, Sophia. 1997. "Bodies and spaces: an exploration of disabled people's experiences of public space", en *Environment and Planning D: Society and Space* (15): 411-433.
- Caz, Rosario del; Gigoso, Pablo; Saravia, Manuel. 2002. *La ciudad y los derechos humanos. Una modesta proposición sobre derechos humanos y práctica urbanística.* Talasa, Madrid.
- Chabaud, Danielle; Fougeyrollas, Dominique. 1978. "Travail domestique et espace-temps des femmes", en *International Journal of Urban and Regional Research* 2 (3): 421-431.
- Coffey, Antonia. 1995. "Dones i urbanisme", en *Àrea. Revista de Debats Territorials* (3): 4-22.
- Corpas Reina, M<sup>a</sup> del Carmen; García García, José Diego. 1999. *La ciudad y el urbanismo desde una perspectiva de género: el uso del espacio y el tiempo.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.
- Coutras, Jacqueline. 1987. "Hommes et femmes dans l'espace public français de-

- puis un siècle”, en *Cahiers de Géographie du Québec* 31 (83): 143-155.
- Coutras, Jacqueline. 1996. *Crise urbaine et espaces sexués*. Armand Colin, París.
- Coutras, Jacqueline; Fagnani, Jeanne. 1978. “Femmes et transport en milieu urbain”, en *International Journal of Urban and Regional Research* 2 (3): 432-439.
- Day, Kristen. 1999. “Embassies and sanctuaries: women’s experiences of race and fear in public space”, en *Environment and Planning D: Society and Space* (17): 307-328.
- Domosh, Mona. 1998. “Those ‘Gorgeous incongruities’: Polite politics and public space on the streets of nineteenth-century New York City”, en *Annals of the Association of American Geographers* 88 (2): 209-226.
- Domosh, Mona; Seager, Joni K. 2001. *Putting women in place. Feminist geographers make sense of the world*. The Guilford Press, New York.
- Droogleever Fortuijn, Joos. 2003. “Gender, public urban spaces and the safety discourse: the Dutch case”, Ponencia presentada en el *Seminario Internacional “Género, Espacios Públicos y Ciudad”*, 9-10 mayo de 2003, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Droogleever Fortuijn, Joos; Karsten, Lia. 1999. “Contrastant polítiques: qüestions sobre emancipació, medi ambient i mobilitat”, en *Documents d’Anàlisi Geogràfica* (35): 89-100.
- Franck, Karen A.; Paxson, Lynn. 1989. “Women and urban public space”, en Irwin Altman y Ervin H. Zube (eds.), *Public Places & Spaces*. Plenum Press, New York. pp. 121-146.
- García, Luz Marina. 2001. “Elitización: propuesta en español para el término gentrificación”. *Biblio 3W*, VI (332) [página web consultada el 28 de marzo de 2003, <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-332.htm>>].
- García Ballesteros, Aurora .1989. “¿Espacio masculino, espacio femenino? Notas para una aproximación geográfica al estudio del uso del espacio en la vida cotidiana”, en Aurora García Ballesteros (ed.), *El uso del espacio público de la vida cotidiana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid. pp. 13-27.
- Gilbert, Melissa R. 1997. “Feminism and difference in urban geography”, en *Urban Geography* 18 (2): 166-179.
- Graft-Johnson, Ann de; Manley, Sandra; Greed, Clara. 2003. *Why do women leave architecture?* University of the West of England, Bristol.
- Greed, Clara. 1996a. “Promise or progress: women and planning”, en *Built Environment*, 22 (1): 9-21.
- Greed, Clara. 1996b. “Urban spatial policy: a European gender perspective”, en *European spatial research and policy* 3 (1): 49-61.
- Hernández Pezzi, Carlos. 1995. “Planificación física y usos del suelo: una aproximación desde el género”, en *Ciudad y mujer. Actas del curso: urbanismo y mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, Málaga 1993-Toledo 1994. Viceconsejería de la Mujer de la Junta de las Comunidades de Castilla-La Mancha,

territorios 16-17



- Instituto Andaluz de la Mujer, Instituto de la Mujer, Málaga.
- Hernández Pezzi, Carlos. 1998. *La ciudad compartida. El género de la arquitectura*. Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Madrid.
- Hayden, Dolores. 1981. "What would a non-sexist city be like? Speculations on housing, urban design, and human work", en Catherine R. Stimpson et al. (eds), *Women and the American City* (1981), en R.T. Le Gates y F. Stout, *The City Reader* (2000). Routledge, London. pp. 503-518.
- International Journal of Urban and Regional Research*. 1978. *Women in cities* 2 (3).
- Jacobs, Jane M.; Fincher, Ruth. 1998. "Introduction", en Ruth Fincher y Jane M. Jacobs (eds.), *Cities of difference*. Guilford Press, New York. pp. 1-25.
- Justo, Aurora. 2000. "La planificación urbana desde la perspectiva de género. Por un derecho a la ciudad igualitaria", en *Seminario: Ciudad posible, ciudad deseable: la planificación urbana en un mundo cambiante*. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 10-14 de julio de 2000, [página web consultada el 1 de septiembre de 2002, <<http://www.nodo50.org/mujeresurbanistas>>].
- Karsten, Lia. 1998. "Growing up in Amsterdam: differentiation and segregation in children's daily lives", en *Urban Studies* 35 (3): 565-581.
- Karsten, Lia. 2002. "Mapping childhood in Amsterdam: the spatial and social construction of children's domains in the city", en *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 93 (3): 231-241.
- Karsten, Lia. 2003. "Children's use of public space: the gendered world of the playground", en *Childhood*, 10 (4): 457-473.
- Kitchin, Rob. 2000. *Disability, Space and Society*. Geographical Association, Sheffield.
- Koskela, Hille. 2000. "The gaze without eyes": video-surveillance and the changing nature of urban space", en *Progress in Human Geography* 24 (2): 243-265.
- Little, Jo; Peake, Linda; Richardson, Pat. 1988. "Introduction: geography and gender in the urban environment", en Jo Little, Linda Peake y Pat Richardson (eds.), *Women in cities. Gender & the urban environment*. MacMillan Education, London.
- Loudier, Céline; Dubois, Jean-Louis. 2002. "Sécurité et espaces publics: le rôle de l'aménagement urbain", en *Cahiers de l'IAURIF (Institut d'Aménagement et urbanisme de la Région d'Ile-de-France)* (133-134) : 25-37.
- Madge, Clare. 1997. "Public parks and the geography of fear", en *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie* 88 (3): 237-250.
- Matthews, Hugh. 1995. "Living on the edge: children as 'outsiders' ", en *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie* 86 (5): 456-466.
- McDowell, Linda. 1983. "Towards an understanding on the gender division of urban space", en *Environment and Planning D: Society and Space* (1): 59-72.



- McDowell, Linda. 1993. "Space, place and gender relations: Part I. Feminist empiricism and the geography of social relations", en *Progress in Human Geography* 17 (2): 157-179.
- McDowell, Linda. 1999. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Cátedra, Madrid.
- McDowell, Linda. 2001. "Women, men, cities", en Ronan Paddison (ed.), *Handbook of Urban Studies*. Sage Publications, London. pp. 206-219.
- McDowell, Linda; Sharp, Joanne P. (eds.) 1999. *A feminist glossary of human geography*. Arnold, London.
- Michaud, Anne. 2002. *La seguridad de las mujeres: de la dependencia a la autonomía*. Femmes et ville, Montreal.
- Mills, Caroline. 1993. "Myths and meanings of gentrification", en James Duncan y David Ley (eds.), *Place/Culture/Representation*. Routledge, New York. pp. 149-172.
- Montgomery, John. 1997. "Café culture and the city: the role of pavement cafés in urban public social life", en *Journal of Urban Design* 2 (1): 83-102.
- Morrell, Helen. 1998. "Seguridad de las mujeres en la ciudad", *La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio*. Narcea, Madrid. pp. 131-145.
- Pain, Rachel H. 1997. "Social geography of women's fear of crime", en *Transactions of the Institute of British Geographers* (22): 231-244.
- Pain, Rachel H. 2001. "Gender, race, age and fear in the city", en *Urban Studies* 38 (5/6): 899-913.
- Paravicini, Ursula. 2000. "Rol y uso social de espacios públicos en una perspectiva de género", *El renacimiento de la cultura urbana*. Municipalidad de Rosario, Rosario.
- Paravicini, Ursula. 2002. "Public spaces as a contribution to egalitarian cities", en Ulla Terlinden (ed.), *City and gender. Intercultural discourse on gender, urbanism and architecture*. Schriften der Internationalen Frauenuniversität, Opladen.
- Pernas, Begoña. 1998. "Reinventando el espacio", Colectivo de mujeres urbanistas [página web consultada el 9 de septiembre de 2003 <[http://www.nodo50.org/mujeresurbanistas/Articulos/Bpernas\\_reinventadndo.html](http://www.nodo50.org/mujeresurbanistas/Articulos/Bpernas_reinventadndo.html)>].
- Project for Public Spaces. 2002. *How to turn a place around. A handbook for creating successful public spaces*. Project for Public Spaces, New York.
- Rendell, Jane. 1998. "Displaying sexuality: gendered identities and the early nineteenth-century street", en Nicholas R. Fyfe (ed.), *Images of the street. Planning, identity and control in public space*. Routledge, London. pp. 75-91.
- Román, Marta. 2000. "Niñ@s, ciudadan@s peligros@s", *Ciudades para un futuro más sostenible, Boletín CF+S, 19* [página web consultada el 22 de septiembre de 2002 <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n19/amrom.html>>].
- Sabaté Martínez, Ana; Rodríguez Moya, Juana M<sup>a</sup>; Díaz Muñoz, M<sup>a</sup> Ángeles.

territorios 16-17

27

1995. *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Síntesis, Madrid.
- Sandercock, Leonie; Forsyth, Ann. 2000. "A gender agenda: new directions for Planning theory", en *American Planning Association Journal* (1992), en Richard T. LeGates y Frederic Stout (eds.), *The City Reader*. Routledge, London. pp. 446-459.
- Simpson, Brian. 1997. "Towards the participation of children and young people in urban planning and design", en *Urban Studies* 34 (5-6): 907-925.
- Smith, Neil. 1982. "Gentrification and uneven development", en *Economic Geography* (58): 139-155.
- Spain, Daphne. 2001. *How women saved the city*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Tandy, Christine. 1999. "Children's diminishing play space: a study of intergenerational change in children's use of their neighbourhoods", en *Australian Geographical Studies* 37 (2): 154-164.
- Valentine, Gill. 1993. "(Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces", en *Environment and Planning D: Society and Space* (11): 395-413.
- Valentine, Gill. 1997. "'Oh yes I can'. 'Oh no you can't': children and parents' understanding of kids' competence to negotiate public space safely", en *Antipode* 29 (1): 65-89.
- Valentine, Gill. 2001. *Social Geographies. Space and Society*. Pearson, London.
- Valentine, Gill. 2004. *Public Space and the culture of childhood*. Ashgate, Cornwall.
- Valle, Teresa del. 1997. *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Cátedra, Madrid.
- Vázquez Anton, Carmen. 1989. "Concepción de la mujer: concepción del espacio público", en Aurora García Ballesteros (ed.), *El uso del espacio público de la vida cotidiana*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid. pp. 89-96.
- Velázquez, Isabel. 2000. "El tiempo de las cerezas. Reflexiones sobre la ciudad desde el feminismo", en *Ciudades para un futuro más sostenible, Boletín CF+S*, 19 [página web consultada el 27 de julio de 2002 <<http://habitat.aq.upm.es/boletín/n19/aivel.html>>].
- Wekerle, Gerda. 1984. "A woman's place is in the city", en *Antipode*, 16 (3): 11-19.
- Wilson, Elizabeth. 1991. "Into the Labyrinth", *The Sphinx in the City: Urban life, the control of disorder and women*, pp. 1-11. Virago, London, en Linda McDowell y Joanne P. Sharp (eds.) (1997), *Space, Gender, Knowledge. Feminist reading*. Arnold, London.
- Wilson, Elizabeth. 2001. *The contradictions of culture. Cities, culture, women*. Sage Publications, London.
- Women and Geography Study Group. 1984. *Geography and Gender. An introduction to feminist geography*. Hutchinson, London.